

# CAPÍTULO I

---

## La política como esfera de desconcierto

“Los ciudadanos quieren política en serio. Aquella que sea capaz de crear vínculos duraderos y basados en el respeto mutuo entre los individuos, o sea, aquella política que aspira a una sociedad más fuerte, transparente y dinámica que la actual, obligada a comulgar con las imbecilidades de políticos indocumentados”

Agapito MAESTRE, 1996



### *La política en la actualidad*

Si alguna idea está clara, proveniente de los pensadores diversos y autores desde los griegos hasta nuestros días no es otra que aquella que sostiene que sólo en la actividad política y en la interacción respectivamente se alcanza el hombre plenamente libre y, por lo tanto, plenamente ciudadano. Ello es, por lo demás, lo que para los griegos significaba que el hombre fuera naturalmente político: no que lo fuera “desde siempre” o “desde el origen”, sino que fuera sólo allí donde los hombres pudieran alcanzar el conjunto de las potencialidades a las que estaban destinados por su condición. Esa “condición humana”, entonces, se realizaba en el intercambio lingüístico y argumentativo con los demás, y la política, que era el nombre de ese intercambio humanizador y dignificante, llegaba a constituirse con la más elevada de las actividades humanas.

Ese modo de pensar la política está, desde luego, muy lejos del que caracteriza a los tiempos de corren, que por comodidad o rapidez solemos llamar tiempos críticos y modernos. Lo cierto del caso es que para los hombres modernos la política no es, como para “los antiguos”, una actividad “natural”, sino, al contrario, un artificio, un producto, un constructo, que se eleva precisamente contra la naturaleza de los hombres.

Asumiríamos por tanto que los hombres modernos “hacen

política”, digámoslo así, no para desplegar su naturaleza, sino para evadir de ella, dándose entonces una importante mutación de la misma. Y por lo mismo, la política no tiene ya que hacerla todos; como explicarán y celebrarán los grandes exponentes del pensamiento político liberal. A medida que la política va volviéndose una actividad “profesional” y especializada, de una cierta clase de hombres (los políticos), nos parece destinada a que otros hombres –la mayoría, los simples ciudadanos– puedan vivir en paz y dedicarse, en los espacios “privados” a las tareas que se limitan a la esfera de la intimidad.

Ciertamente, la política en la actualidad, la política de hoy es esencialmente una política distinta. Esta política, entendida –decíamos– como una “actividad profesional” y minoritaria, debió librar todo a lo largo de estos siglos un duro combate con la política ejercitada y concebida como una práctica de contestación de los privilegios, de ampliación de los derechos y de impugnación de los poderes establecidos.

La historia del ensanchamiento –siempre conflictivo– del “espacio público”, la historia de la democratización –nunca lineal– de la vida política de los pueblos, la historia de las revoluciones y las contrarrevoluciones, son evidencias del productivo enfrentamiento entre una idea de la política, entendida como práctica institucional de administración de las sociedades y una idea de la política entendida como antagonismo y lucha.

El espacio de la política moderna se define exactamente en esta tensión, en este punto de cruce entre las instituciones formales y las prácticas sociales, entre lo que se ha convenido en llamar “poderes constituidos” y el “poder constituyente”. Contra la idea de quienes reducen la política al mero funcionamiento de la maquinaria institucional, frente de pragmatismo e instrumentalización, la política ha sido siempre la actividad desarrollada en aquel espacio de tensión y conflicto que se abre entre las grietas de cualquier orden social. Es en este espacio donde ese orden cobra o, mejor, va cobrando todo el tiempo, de modo siempre inestable,

siempre precario, nunca definitivo, un sentido para esos mismos actores.

La política es una actividad de lucha y de donación al mundo social como proyecto colectivo. Y es exactamente por ese carácter que la política atraviesa en fuerte crisis –si no franca retirada– entre nosotros. La política, en efecto –la política enten-dida como ese espacio de tensión que se abre cuando no nos ha ganado la sensación de inexorabilidad de lo que se nos presenta como dado, la política concebida como terreno de discusión de proyectos y de lucha por el sentido–, parece hoy haberse transformado, junto a otras dos importantes mutaciones ocurridas en la actualidad, como son la intermitencia de la democracia como apuesta por la participación deliberativa y activa de los ciudadanos en los asuntos que les conciernen por un lado, y del quiebre del Estado como actor central del juego de los poderes, como garante del bien común y como referencia material y simbólica universal de la modernidad.

De manera que los signos de hoy son el malestar de la política, el vaciamiento de la democracia como ideal de vida y como tipo de ordenamiento político. Finalmente, encontramos al Estado que parece también retirarse –por cierto que con bastante poca elegancia y dignidad del centro de la escena, dejando en su lugar un vacío de poder y de sentido que otros actores se apresuran a llenar.

Estos retrocesos de la política como proyecto y deliberación, de la democracia como ideal y gobierno y, en fin, del Estado, sobre cuya estela estamos tratando de situar nosotros el análisis. A partir de este presupuesto se demanda retomar el debate y presentar alguna argumentación e ideas en aras de presentar una crítica, pero al mismo tiempo recuperar el sentido entre nosotros en América Latina y en Venezuela de la política.

La política, entendida como espacio de deliberación y de debate, de lucha y de confrontación de proyectos, de impugnación y de desafío de la presunta inexorabilidad de las leyes del presente,

de la presunta imposibilidad de proponer otros rumbos. Por lo inferido tendríamos que advertir el hecho de que esa revalorización de la política sólo será posible de la mano de la revalorización de la democracia. Porque no habrá política, en un sentido más o menos fuerte de la palabra, si no nos decidimos a asumir colectivamente nuestro destino. Por lo que cabe plantear utopías, entendidas como las capacidades para imaginar otros futuros, otros escenarios, otros horizontes, distintos de los actuales y con mayores niveles de ciudadanía y prosperidad.

La radiografía que hoy podemos hacer de la democracia y fundamentalmente de la política no es nada halagadora. De acuerdo con Fernando Vallespín, “el entorno de la política aparece marcado hoy por la individualización y corporativización creciente, la ya aludida internalización de la economía, cultura, política de seguridad, riesgos, etc., la progresiva disolución de las identidades cívicas abarcadoras, la dificultad por definir un ámbito de lo público, la crisis de la acción de gobierno tradicional”<sup>3</sup> estos conforman parte de los rasgos que subyacen en la actualidad y que es preciso afrontar y confrontar con lo que verdaderamente creemos que deba integrar y rotular a la política.

Sin lugar a dudas, uno de los temas recurrentes para muchos analistas y pensadores contemporáneos, lo constituye inequívocamente la metamorfosis y los cambios que asume la política en la última década. Tales problemas traen aparejada una serie de retos e incertidumbres de diversa índole para el ciudadano, para la democracia y para las sociedades, sumergidas éstas en procesos de modernización y de cambios profundos en materia cultural, tecnológica y económica.

Hay que tomar muy en serio lo referido a la “crisis de la política”. Esta debe ser abordada en primer lugar como expresión de un cierto malestar con la política, que tiene varias manifestaciones o representaciones. Ese malestar tiene una doble faz: por una parte, parece estar expresando la inercia de ciertas imágenes

3 Fernando Vallespín, 2000. p.164.

antiguas y seguramente obsoletas respecto de la política. De allí que tenemos una visión estática de la política que no da cuenta de los cambios en curso. En este sentido, el malestar representa una visión defensiva de lo que fue la política frente a nuevas formas y procesos políticos que no son intelegibles en el código antiguo.

Por otra parte, el malestar también tiene otra cara, una cara crítica que está buscando nuevos significados. Tanto así que algunos autores precisan que estamos registrando un momento en el que pareciera que la política ya no es lo que fue<sup>4</sup>. Considerando los cambios sociales de los últimos lustros, no debe sorprendernos que estas transformaciones sociales también afecten a la política. Esta última, después de travesías largas y muchas veces inciertas y otras veces con logros, asume en su seno un proceso innegable de transformación. Pero no sólo eso. Junto con la transformación de la política ocurre también una transformación de la democracia<sup>5</sup>. Al cambiar el contexto también cambia el significado de la democracia. Ella no retiene un significado único, establecido de una vez y para siempre, porque la política y la democracia requieren constantemente de un contenido, se construyen y recrean permanentemente.

Por tal razón y en consecuencia, debemos de redefinir el sentido de la democracia en nuestra época. Generalmente nos hemos limitados a lo que, de acuerdo con Norberto Bobbio, se reduce a definiciones mínimas de la democracia. Pero, esta última tiene algo más, un plus que, según Lechner, consiste en el procedimiento y las instituciones, pero también en algo más que tiene que ver con

4 Véase ampliamente las consideraciones de Norbert Lechner 1994; 1996a; 1996b; 1996c. En su última obra *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política* (2002). Véase el capítulo 2 "La erosión de los mapas mentales", pp. 23-42.

5 Sobre este fenómeno de transformación de la democracia y la política encontramos ideas sumamente esclarecedoras en los textos recientes de diversos autores. Véase Norbert Lechner 1991b; 1994; 1996a; 1996b; 1996c; Agapito Maestre 1996; Daniel Innerarty 2002; José Antonio Rivas Leone 2000a; 2000b; Alfredo Ramos Jiménez 1999c; Fernando Mires 2000; 2001; Zygmunt Bauman 2001. Jean -Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon 1997; Richard Rorty 1998; Jaques Derrida 1998; Rogoberto Lanz 2000.

lo que llamamos ciudadanía y sociedad civil.

Hemos señalado en otros momentos que la política ciertamente ha sufrido a lo largo de su historia una serie de etapas, muchas de las cuales se han visto en los indicadores de malestar a nivel de la ciudadanía y la sociedad. Sin embargo, la política ha contado siempre con sus propios anticuerpos y capacidades, lo que ha permitido un renacer y por ende la capacidad de autorecuperarse frente a situaciones diversas de desarraigo, fatiga cívica, apatía generalizada o de retorno a lo privado<sup>6</sup>.

Tendríamos en opinión de Fernando Vallespín que “se están produciendo enormes transformaciones soterradas en el ámbito social y político. Estamos frente a un nuevo escepticismo ... la gran paradoja es que en la época de la tan cacareada innovación –tecnológica, financiera, productiva, empresarial, de estilos de vida, etc– la política, para bien o para mal, se está quedando al margen”<sup>7</sup>.

Pudiéramos inferir que la política asume mutaciones en su forma de pensarla, concebirla y ejercerla. Lo cierto del caso es que se han producido cambios y la presencia de nuevas situaciones que por momentos parecieran desbordar el orden y que han generado un impacto y por ende la atención de estudiosos, analistas e investigadores.

Norbert Lechner esbozó hace algunos años, en relación con los principales fenómenos e indicadores de la transformación de la política, que ésta última se manifiesta categóricamente en “el desencantamiento de la política; la informalización de la política; y la reestructuración de lo público y lo privado”<sup>8</sup>.

La política de nuestros días pareciera no sólo haberse informalizado y personalizado, sino además, se registra como nunca antes que la política como práctica e instancia rebasa a las insti-

---

6 Cf. Marcel Gauchet, 2002; Fernando Vallespín, 2000; Agapito Maestre, 1994; además, María Funes Rivas, 1995; Victoria Camps, 1996.

7 Véase Fernando Vallespín, 2000. p. 12

8 Véase extensamente Norbert Lechner, 19996b. pp. 3-16.

tuciones, desembocando en una suerte de desbordamiento institucional. La democracia, por su parte, señala Norbert Lechner, “pierde su aura mediante la cual apaciguaba y domesticaba las incertidumbres ancestrales acerca del orden colectivo”<sup>9</sup>.

Somos partidarios de que la política junto a las instituciones en nuestra América Latina debe ser resituada frente al vacío, la desconsolación y las posturas fáciles, que hasta aquí nos inducen a asumir actitudes de postración, pasividad o hasta apocalíptica, en la que pareciera no hay más nada que hacer, sino asumir el fatalismo actual. Frente a esto optamos de manera categórica por la recuperación de los contenidos de la política, su esencia y fines, y del propio andamiaje institucional.

De manera que, el planteo de una “defensa de la política”<sup>10</sup> está en los actuales momentos más que justificado, orientando siempre el planteamiento a asumir la política como actividad noble, de gestión y de contingencia permanente en la que encontramos controversia, disenso, pluralismo y con frecuencia cuestiones imprevisibles. Así, tendríamos que admitir que “la política no es administración, sino configuración, diseño de las condiciones de la acción humana, apertura de posibilidades. Tiene mucho que ver con lo inédito y lo insólito; no es acción que se atenga estrictamente a la experiencia de que se dispone. La política es una acción cuyas consecuencias tienen mayor alcance que sus previsiones”<sup>11</sup>.

Se insiste mucho en el planteamiento según el cual parte de la crisis que ha embargado a la política, tiene como tamiz y rótulo un sentimiento profundo de extravío y desconcierto del ciudadano para con la política, e incluso con las instituciones y a veces hasta con el entramado democrático.

No podemos perder de vista que la política precisa siempre la discusión institucionalizada acerca de los criterios que funda toda

9 Véase el texto reciente de Norbert Lechner 2002, *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Lom. Santiago de Chile, pp. 23-42.

10 Véase el interesante y clásico texto *En defensa de la política* de Bernard Crick Barcelona: Tusquets 2001.

11 David Innerarity, 2002. pp. 36-37.

decisión, una manera de hacer y conducir los asuntos públicos. Fundamentalmente, la política es un espacio y ámbito para plantear, discutir y negociar. Si bien es cierto que “la política no es mera administración, ni mera defensa, sino configuración, diseño de los marcos de actuación, prospectiva. Tiene que ver con lo inédito y lo insólito, magnitudes que nos comparan en otras profesiones muy honradas pero ajenas a las inquietudes que provoca el exceso de incertidumbre”<sup>12</sup>.

Contamos hoy en día con indicadores que nos revelan como señalará oportunamente Anthony Giddens<sup>13</sup>, el hecho de que vivimos un período crucial de transición histórica que nos libraré de aquellos hábitos y prejuicios del pasado para controlar el futuro ... El mundo en el que nos encontramos hoy, no se parece mucho al que pronosticaron. Tampoco lo sentimos de la misma manera. En lugar de estar cada vez más bajo nuestro control, parece fuera de él, por eso se habla de “un mundo desbocado”, que ciertamente afecta y tiene inferencias no sólo en nuestros modos de vida, sino en nuestras agencias y categorías.

Lo cierto del caso es que nuestros códigos y coordenadas tradicionales (derecha e izquierda, solidaridad orgánica y mecánica, comunidad y asociación, entre otros), hoy nos suministran pocas luces a la hora de dar cuenta de los cambios acelerados (tiempo-espacio) de los nuevos clivajes (autoritarismo-democracia), que anuncian, como señalara Ulrich Beck, el advenimiento de la “sociedad del riesgo”.

Aceptémoslo o no, la nociones de soberanía, democracia, política, o Estado se están replanteando, están siendo trastocadas y demandan como en ningún otro momento de explicación y de tratamiento de parte de las ciencias sociales, y por supuesto de parte de la politología regional. Nuestra América Latina y Venezuela en particular no han quedado al margen de las transformaciones

---

12 David Innerarity, 2002. p. 40.

13 Véase su libro *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Taurus. 2000. pp. 13-17.

y cambios comentados más arriba. Las identidades tradicionales y los mapas cognitivos que conforman nuestro imaginario colectivo, bajo el rótulo de nación y que afirman ese valor como “soberano” atraviesan una suerte de vaciamiento y metamorfosis, al igual que el entramado democrático.

Fernando Vallespín sostiene que en la actualidad no hay que reinventar nada, pero sí de re-comprenderlo todo. De manera que la cuestión planteada por el pensador español es de percepción, de ajuste conceptual y de elaboración de nuevas categorías que permitan así, una reinterpretación de las instituciones y procesos políticos, e igualmente de los actores y escenarios.

Regulaciones y desregulaciones, aceleraciones y desaceleraciones, déficit y superávit, orden y caos, certidumbre y riesgo son cuestiones presentes en nuestros procesos de cambio, que afectan (junto a otras dinámicas propias de América Latina) a la política como tal. La expresión de tales procesos se observa y encarna en el hecho de que la política y la democracia se muestran incapaces, crecidas en momentos y relegadas en otros.

### *Malestar y crisis de la política*

“El final de un siglo que ciertamente funcionó como un gran campo de experimentación de las más diversas fórmulas ideológicas por parte de concepciones voluntaristas de la política, y que finalmente derivó en un aparente triunfo (casi) universal de los principios y procedimientos de la democracia liberal, se ve dominado por un estado de ánimo diferente al que presidió el fin del siglo XIX. Si en este último siglo lo que privaba en la visión de algunos pensadores era «el miedo a las masas y a la democracia», en nuestro tiempo predomina la mala fama de la política ... una visión no sólo desencantada, sino profundamente negativa de la política”<sup>14</sup>.

Victoria Camps señaló hace una década que “a la política le corresponde tomar decisiones y ofrecer cauces que den cuerpo a la igualdad política, estimular la participación y movilizar al

ciudadano. Para ello ha de empezar por identificar los signos mas visibles de la debilidad democrática. En especial, de esa debilidad que acentúa la distancia y desprestigio de la política y que amenaza con convertirla en un formalismo sin sustancia ni credibilidad”<sup>15</sup>.

La insatisfacción con la política en América Latina tiene mucho que ver con el disfuncionamiento de nuestras democracias y con las instituciones, creemos que está relacionado con la percepción de los ciudadanos de que aún quedan muchas cosas por hacer. Y en ese sentido, los ciudadanos esperan y desean que la política al igual que la democracia integre unos valores y contenidos mínimos que nunca deben estar ausentes. Hay en esto una valoración de la democracia y de la política, sin embargo, se perciben reservas y es natural, dado los escasos rendimientos que muchas veces tiene la política y la democracia para los ciudadanos como proyecto colectivo.

Es necesario establecer la distinción entre lo político como esfera colectiva, como entramado y como orden, de la política como actividad. Puesto que lo político relaciona la vida social con la comunidad de ciudadanos, circunscribiendo la siempre constelación de elementos múltiples que configuran el orden. Se refiere a las relaciones, mediaciones que deben tomarse en cuenta a la hora de emprender cualquier estudio y análisis. Como dice Lechner “si ignoramos lo político amputamos a la política y reducimos el fenómeno político a sus formas visibles”<sup>16</sup>.

Habitualmente los análisis de la política no tienen muy en cuenta a lo político, de manera que adentrarse al estudio de la política y del estadio de malestar que la define según algunos autores, compromete necesariamente los diversos campos, relaciones y factores que se interrelacionan entre la política y lo político

---

14 Cf. Luis Salazar, 1997. p. 103-104.

15 Véase Victoria Camps, 1993 “La trivialización de la política” *Claves de Razón Práctica*. N° 37. Noviembre. pp. 16-20. Además, consúltese Jaime Osorio, *Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad*. UAM. 1997. pp. 15-26.

respectivamente. Lo político, han observado Benedicto y Reinares “es un concepto versátil referido tanto a la distribución del poder en el seno de una sociedad dada como a las instituciones reguladoras de las pautas de comportamiento que su presencia implica, a los procesos mediante los cuales tales configuraciones se modifican”<sup>17</sup>.

Lo cierto del caso es que “el malestar de la política” es un fenómeno que debe ser traducido e interpretado por la ciencia política de nuestros días. De entrada expresa desconcierto, cuestionamiento y hasta desarraigo con una política, con una forma, con unos actores, que tienen en común todas estas manifestaciones, como reacción negativa hacia la política como tal por diversas razones, sentimientos de que la política no es lo que fue, que la política es sinónimo de traición, y que su capacidad como proyecto colectivo y de servicio al ciudadano ha sido sustraída y se ha venido por tanto a menos, produciéndose además una desconfianza en la política como rasgo definitorio en algunas sociedades.

Tanto es así que unos cuantos autores han destacado que “la crisis de la política ha traído consigo el debilitamiento de los sentidos compartidos y de los lazos de los ciudadanos para con la política, provocando una sensación vacío, de rechazo y hasta nihilismo”<sup>18</sup>. Tal vez encontremos que la presencia del nihilismo del cual nos hablan algunos autores no es más que la expresión del desarraigo frente a la política y de la pérdida del sentido y valoración de la comunidad como sumatoria de las iniciativas y lazos ciudadanos.

La percepción de que las cosas están fuera de control y que “todo es posible afecta las raíces mismas de la política. En opinión de Lechner asumiríamos que la sociedad moderna, secularizada, [originalmente] espera de la política que ella asegure ‘ley y orden’ no sólo en tanto seguridad jurídica, sino también como ordena-

---

16 Cf. Norbert Lechner, 1994. p. 39.

17 Véase Jorge Benedicto y Fernando Reinares, 1992. p. 9.

miento moral y simbólico de la convivencia social”<sup>19</sup>.

El malestar de la política se presenta como una situación que va de la mano y es consecuencia al mismo tiempo de la pérdida de sentidos, horizontes y certidumbre y, fundamentalmente, de una despolitización y exclusión que por momentos divorcia cada vez más al ciudadano de la política como instancia que se torna incapaz de incidir favorablemente en la producción de órdenes y niveles de vida más dignos y consustanciados con una verdadera condición humana y ciudadana.

En el abordaje y tratamiento del debate de la crisis de la política, las instituciones y los actores tendríamos que, entender esta última como lo ha observado González Hernández, “como mutación, como cambio; se trataría entonces de una importante alteración en el desarrollo de un proceso, que implicaría de forma insoslayable una transformación sustancial, relevante, de la situación en la que éste se encuentra, con independencia del signo que adopte”<sup>20</sup>.

Ahora bien, precisando más, asumiríamos que la crisis de la política estaría básicamente focalizada en una situación altamente compleja, en la que interviene una gama de factores y condicionantes, que denuncian perturbación, desequilibrios, discordancia, ausencia de propuestas y salidas, junto a estados de angustia, traición, ineptitud y desánimo.

En un sentido estricto, hay quienes argumentan que –cabría hablar que la verdadera crisis se da cuando, para una colectividad, se ha cometido lo irreparable, cuando la misma ha tocado fondo. De todos modos, no necesitamos tocar fondo para darnos cuenta del sentimiento de inseguridad e incertidumbre que resienten los

---

18 Así lo observa Enrique Bonete Perales en su trabajo *La faz oculta de la modernidad*, Tecnos. Madrid. 1995. pp. 69-70. Este autor describe ampliamente el estado actual de la política y los principales cambios observados en estos últimos tiempos.

19 Nos apoyamos en Norbert Lechner 2002, p.28.

20 Juan Carlos González Hernández, 1997. pp. 36-37

ciudadanos ante la política, la economía globalizada, la individualización sociológica y los padecimientos modernos (inflación, desempleo, stress, intolerancia, nuevas desigualdades, etc.).

Sin embargo, tendríamos que asumir de acuerdo a los planteamientos de Jean-Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon que “en el malestar contemporáneo, la crisis que atravesamos es entonces indisociablemente económica y antropológica; es, a la vez, crisis de civilización y crisis del individuo. Fallan simultáneamente las instituciones que hacen funcionar el vínculo social y la solidaridad (la crisis del Estado providencia), las formas de la relación entre la economía y la sociedad (la crisis del trabajo) y los modos de constitución de las identidades individuales y colectivas (la crisis del sujeto)”<sup>21</sup>.

### *Fin o transformación de la política*

En último tercio del siglo XX y la primera parte del siglo XXI, indudablemente, el mundo ha sido testigo de una serie profunda de cambios en el orden tecnológico, cultural, ideológico y humano. Las sociedades en menor o mayor medida han estado imbuidas en estas dinámicas reordenadoras y transformadoras, que asoman como rasgos distintivos el advenimiento de la democracia como valor y gobierno, el desarrollo de una ciudadanía, y la consolidación de la sociedad civil como grupo organizado frente a la esfera estatal, junto al arribo de la globalización de los mercados, con el imperativo de la tecnología y la comunicación.

Asimismo, la política no está divorciada en lo más mínimo de estos procesos y dinámicas, por tal razón, esta última también es parte de una suerte de metamorfosis, e incluso se ha llegado a

---

21 Véase al respecto la introducción de su libro *La nueva era de las desigualdades* de Jean-Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon, 1997. pp. 11-17. Además véase los ensayos de Richard Rorty 1998; Jaques Derrida 1998; Rigoberto Lanz 2000.

plantear bien entrados los años noventa, que la política se debate entre una situación terminal (de acuerdo a los planteamientos de algunos autores postmodernos) o, más bien, de un claro proceso de reordenamiento y transformación, donde consecuentemente la política asume en palabras de Lechner nuevos perfiles que es preciso decantar y explicar.

Entre tanto tendríamos de acuerdo con Jesús Martín Barbero<sup>22</sup>, quien ha seguido de cerca las principales transformaciones que experimenta la política, el espacio público y la propia democracia, que “la centralidad ocupada por el discurso de las imágenes –de las vallas a la televisión, pasando por las mil formas de afiches, graffiti, etc.– es casi siempre asociada, o reducida, a un mal inevitable, a una incurable enfermedad de la política moderna, que a nuestro juicio se muestra incapaz de representar al ciudadano quien en última instancia se refugia en otros ambientes y espacios, cuestión esta última que indica una de las principales mutaciones de la política y lo social en algunos contextos y sociedades.

Complementado lo anterior tendríamos que los procesos de cambio y reordenamiento político-institucional y social en curso tiene una multiplicidad de efectos. Sin embargo, vale la pena destacar, adhiriéndonos a la propuesta de Fernando García Calde-rón<sup>23</sup>, que la idea de incertidumbre social es cada vez más generalizada. Algunos de los rasgos más sobresalientes de estos procesos de complejización de lo social serían:

- El incremento de las brechas sociales en todas partes, no sólo en términos interclasistas o intranacionales, sino también dentro de las diversas categorías socio-ocupacionales;
- La pérdida de fuerza de los grandes movimientos colectivos, como el obrero, que parecen no poder ser remplazados. Más bien se desarrolla una tendencia hacia la fragmentación y el monismo en la acción colectiva. Paradójicamente, los actores sociales y políticos a tiempo de multiplicarse también se de-

---

22 Véase sus trabajos de 1998; 2001.

bilitan;

- La percepción de un sentimiento generalizado de malestar subjetivo y cotidiano frente a los procesos de cambio. El lazo social tiende a debilitarse en todas partes y la crisis de los valores, entre ellos los de la sociabilidad, tolerancia y solidaridad, es transversal en todas las capas sociales; y
- La tendencia a la desaparición del centro social y la emergencia de sociedades policéntricas.

Además, la falta de confianza ciudadana en las instituciones políticas y en el Estado, sumada al deterioro de las libertades civiles y políticas, el surgimiento de una serie de males y amenazas (pobreza, terrorismo, narcotráfico, paramilitarismo, populismos de diverso cuño, corrupción, etc.) nos pintan un cuadro no muy esperanzador para las democracias latinoamericanas en este fin de siglo.

Ahora bien, cabría formularnos algunas interrogantes que son plausibles en la actualidad, ¿Podemos inferir que la crisis de la política implica simplemente despolitización? ¿En qué medida se cruzan fenómenos o movimientos de despolitización y repolitización? ¿Dónde queda la política? ¿Qué responsabilidad tienen las agencias y los partidos políticos en la situación actual? En fin, estamos en presencia de una transformación cíclica o más bien de una finitud de la política tal como la hemos conocido, o simplemente, lo que registramos es un franco proceso de reestructuración de los marcos y concepciones tradicionales de la política, con una gama amplia de facetas y situaciones.

Sin embargo, debemos partir de que frente a un componente de despolitización impulsado por una serie de fenómenos (globalización, auge del neoliberalismo, desarraigo y demás), existe como lo ha señalado Lechner, de forma recurrente una tenden-

---

23 Véase detenidamente las observaciones que dicho autor esboza en su reciente obra *La reforma de la política. Deliberación y desarrollo*. 2002, específicamente pp. 103-110.

cia a la “informalización de la política... que acorta la distancia entre política y sociedad, pero simultáneamente provoca cierto vaciamiento de las instituciones políticas”. Esto nos remite imperiosamente a mirar a los distintos lugares y las distintas formas de la política, para discernir entre tendencias al alejamiento y al acercamiento entre política y sociedad en nuestra América Latina como principal y más cercano labora-torio sociopolítico.

De manera que nos encontramos con un panorama un tanto desalentador. El final del siglo parece caracterizarse, entre otras cosas, señala Luis Salazar: “por un desprestigio generalizado de la política. La vertiginosa aceleración del tiempo histórico, la globalización de la economía y de los medios de comunicación y el aparente agotamiento de los marcos ideológicos que por largo tiempo dieron sentido y horizonte a los actores e instituciones políticas, han dado paso a una situación en la que la incertidumbre, la complejidad y la falta de puntos de referencia más o menos universales promueve no sólo el vaciamiento de sentido de las prácticas y organizaciones políticas tradicionales, sino también la irrupción de cinismos y fundamentalismos que expresan, sobre todo, la exasperación y el hartazgo frente a la política y a los políticos en general”<sup>24</sup>.

Ahora bien, no podemos perder de vista que a partir de lo observado debemos producir explicaciones, y sobre todo una concepción que no idealice a la política, pero que tampoco la reduzca a mero pragmatismo o la satanice. Debemos estructurar una propuesta intermedia que reconozca la autonomía de la política como esfera, como espacio público y proyecto ciudadano, pero también que no deje por fuera el carácter problemático y de tensión que la política asume en la actualidad internamente y con otras esferas de lo social.

Hablar de crisis significa dirigir nuestra mirada y análisis a un periodo o situación en donde se agotó una forma histórica determinada, sin que se haya todavía propuesto la nueva, dándose una mezcla o hibridación –diría Manuel A. Garretón apoyándose

en Antonio Gramsci- entre “lo viejo que no acaba de morir” y lo “nuevo que no acaba de nacer”. Sin embargo, no podemos hablar de un fin de la política como han señalado algunos autores postmodernos.

La crisis aparece como un momento de transición y de disputa naturalmente entre ordenes y actores, lo que desmiente la visión de algunos autores que relacionan la crisis de la política con el fin de la política. No perdamos de vista que siendo la política una manifestación del conflicto social y de la lucha por el poder, no se acaba, y por lo que se ve no se va a acabar. La tesis postmoderna y apocalíptica del “fin de la política” o del “adiós a la política” tiene su origen en una afirmación superficial de algunos autores y corrientes cerradas y conservadoras que sentencian y propugnan un fin del sujeto, como fin de la política y del Estado.

De manera que algunos analistas y escritores tienden a confundir al conjunto de procesos y tendencias observadas -las cuales indudablemente indican un agotamiento de la política- con un fin o proceso terminal de la política. Jamás puede confundirse dicha situación de minusvalía y deterioro de una crisis terminal. La política inequívocamente se está transformando y sus rasgos y manifestaciones así lo dejan ver.

La política asume una suerte de metamorfosis. Si, por un lado se llama la atención sobre su deterioro y vaciamiento, por otro lado, se insiste en el imperativo de contar con una política mínima, una política normativa, guiada por unos principios elementales que logren reordenar a la sociedad y fundamentalmente a los ciudadanos carentes de una “buena política”. La política debe reasumir su papel y mostrarse tal cual es, sin opacidades, sin engaños y con un importante contenido social y humano como imperativo

---

24 Luis Salazar nos ilustra este proceso de anomia y crisis que asume la política en estos últimos tiempos. Para una mayor profundización véase detenidamente su artículo “La mala fama de la política” en *Revista Internacional de Filosofía*. N° 10. Diciembre. Madrid. pp. 103-119. Además véase sobre el malestar con la política, la erosión de los mapas y el redimensionamiento del espacio político (Norbert Lechner 2002).

en el momento actual.

### *La política entre la fe y el escepticismo*

La ambigüedad de la política democrática fundada en el carisma del líder, parece ciertamente también vinculada con la conocida distinción que oportunamente nos proporcionara Michael Oakeshott estableciendo claramente la distinción entre una política de la fe y una política del escepticismo, como dos posiciones polares que identifican a la política democrática, proyecto y actividad esta última que integra y contiene ingredientes de redención y pragmáticos al mismo tiempo. De aquí que la propuesta populista tienda en todos los casos a adoptar características mesiánicas, tanto en el nivel del discurso movilizador de la masa del pueblo, como en el de la práctica del gobierno providencial<sup>25</sup>.

Tendríamos así que según Oakeshott “en la política de la fe las decisiones y las actividades políticas pueden entenderse como respuesta a una percepción inspirada de lo que es el bien común, o bien, como la conclusión que se sigue de una argumentación racional; pero jamás podrán entenderse como un recurso temporal o como algo que se hace simplemente para que las cosas sigan su curso ... la política de la fe entiende el acto de gobernar como una actividad ilimitada; el gobierno es omnicompetente”<sup>26</sup>.

Así, una política fundada en la fe requerirá siempre la movilización entusiasta y la creencia en la capacidad del ser humano para cambiar radicalmente el mundo, de modo tal que todas las barreras de naturaleza jurídica, económica, por ejemplo, serán percibidas como obstáculos que es preciso descartar<sup>27</sup>. Por el contrario y según Oakeshott, la política del escepticismo: “tiene sus raíces en la creencia radical de que la perfección humana es una ilusión o en la creencia menos radical de que sabemos demasiado poco de

25 Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2002b. pp. 21-22. Además Michael Oakeshott, 1998.

sus condiciones como para que resulte aconsejable concentrar nuestras energías en una sola dirección, asociando su búsqueda a la acción del gobierno (...) La búsqueda de la perfección es demasiado importante como para ceder su control y dirección a un grupo que por argumentos de sangre, fuerza o elección ha adquirido el derecho de llamarse 'gobernante'"<sup>28</sup>.

De aquí que una política democrática abandonada como señalara Alfredo Ramos Jiménez, al escepticismo, deja una gran parte de las cuestiones importantes sin resolver, pero en todo caso, representa "un medio para reducir y acomodar las tensiones gracias a instituciones y procedimientos apropiados. Desde este punto de vista el Estado de derecho es un concepto central y fundamental"<sup>29</sup>. Contrariamente, una política asumida como creencia y convencimiento en las potencialidades del pueblo conducido por el líder carismático tiende a desentenderse del derecho, puesto que el líder pasa a convertirse en el único intérprete, tanto más que cuenta para ello con la confianza y lealtad del pueblo gobernado.

Ciertamente, en la práctica democrática esas dos concepciones de la política tienden a ajustarse o combinarse de acuerdo con el nivel que ha alcanzado el conflicto social. En sociedades muy desiguales como las latinoamericanas, la "política del escepticismo" ha encontrado siempre grandes dificultades para imponerse como la política normal de las prácticas democráticas. Por el contrario, el surgimiento de caudillos y líderes carismáticos, tanto como los excesos de un presidencialismo fuertemente personalizado, han marcado significativamente la actividad democrática, tanto en el gobierno como en la oposición, traduciendo con ello la disociación entre el ideal democrático proclamado y una práctica política plagada de contenidos antidemocráticos<sup>30</sup>.

---

26 Michael Oakeshott, 1998. p. 54.

27 Cf. Yves Mény e Yves Surel, 2000. p. 30.

28 Michael Oakeshott, 1998. p. 59-60

29 Véase Alfredo Ramos Jiménez, 2002b; asimismo las consideraciones de Yves Mény e Yves Surel, 2000. pp. 30-31.

## *Pragmatismo y utopías*

La política atraviesa momentos inciertos que la afectan, y en muchos casos la transforman como actividad noble y engrandecedora que ha sido de manera que paralelo a la transformación de la política, la democracia asume en ciertas sociedades y contextos una serie de desafíos. Parte de los extravíos actuales, radica en el hecho de que la democracia, al igual que la política, también ha sido sometida a procesos diversos que la han socavado, quedando reducidas a una rutinas electorales cada vez más vacías, y que se presentan como rituales y pragmatismos muy alejados del verdadero sentido de la política y la democracia.

Frente a los dilemas registrados donde la política se vacía, se instrumenta y se pragmatiza, requerimos formular algunas críticas por un lado, pero paralelo a esto urge proponerse una serie de utopías que, de alguna forma, devuelva las esperanzas a los ciudadanos, y más todavía sirva para la proyección de una sociedad mejor, con unas instituciones y actores que transfieran arraigo y certeza, e inviten por tanto a hacer política y a asumir la condición de ciudadanos en nuestras neodemocracias latino-americanas.

La decadencia de las instituciones y del sentido de colectividad y comunidad, pudieran ser expresiones no únicamente de un retroceso o repliegue hacia el llamado “individualismo”, “cultura de yo”, más todavía, pudiéramos hablar de la desvalorización moral del sentido de la política, de la cosa y espacio público, como innovación y mutación definitoria del *fin de siècle*.

Tal vez se demanda la presencia de nuevas utopías o de una emancipación que persigan y se transformen en la recuperación de las creencias, certezas y sentidos de pertenencia y espíritu público, hoy venidos a menos y a veces sustraídos.

---

30 Sobre este debate véase Novaro 1996; Ramos Jiménez 2002b; Coppedge 1998; Dávila 2002.